

Recorrido. Toledo y el Tajo, *cercos a la ciudad inexpugnable*

Toletum, ibi parva urbs erat, sed loco munita. Así describía Tito Livio el Toledo recién conquistado por Roma: una ciudad pequeña pero fuerte por su ubicación. Nada se puede entender de Toledo sin reflexionar sobre su emplazamiento, ni su historia, ni su estructura urbana, ni su paisaje humano, ni su lectura simbólica a lo largo de los siglos.



El Tajo ciñe el macizo cristalino y la ciudad se retrepa sobre él hacia el cielo para ponerse a resguardo. Sus cimas son los atributos de su poder: la torre de la catedral y la mole del alcázar carolino, un simbolismo sólo comprensible cuando se observa la ciudad desde fuera. El profundo foso natural cerca y define una ciudad semejante a un microcosmos. Sólo dos puentes, un barco de cable, un artificio para subir agua y unas pocas puertas abiertas en un potente cerco de murallas en el único nexo de la ciudad con tierra firme, daban acceso a esta especie de isla flotante en el vacío. El desnivel entre el cercado peñasco y el territorio circundante es tan vertiginoso que por fuerza debía desanimar al que no había sido invitado a pasar.



Recorrer el torno del Tajo por sus riberas es una rara experiencia. Arriba bulle la ciudad, que raramente se asoma al desfiladero por algún eventual mirador. Abajo un mundo manso de arboledas, de umbrías peñas, de azudes, molinos y batanes, de forjas donde se templaba en las aguas del Tajo el famoso acero toledano. Lugares propensos a las nieblas, donde a decir de algún poeta, habitaban las ninfas Filódoce, Dinámene, Climene y Nise.

DATOS

Duración: 1 día